

Era lo que esperaban los presos, ya despiertos todos, para armar borrasca. Una gritería infernal de insolencias y porquerías surgió de las ventanas de las galeras y los calabozos, como un volcán de inmundicia que chorreaba sobre aquel lugar infecto como una avalancha de podredumbre.

—¡Huipia! ¡Huipia! ¡Viejo Chango!

—¡Hijo de . . . . .! ¡Juez ladrón!

—¡Papá de las p . . . . .!

Uno hablaba con voz afeminada, invitando á entrar á la galera, á la "perdida," y le explicaba lo que quería hacer con ella.

La mujer le repitió á Castañeta :

—Ándale, Papisito. Vente, que estoy celosa.

Hablaba de aquel modo para provocar los gritos y las insolencias y Castañeta, hecho de inmundicia, no notaba la que salía de los presos.

Acabó de abrir el Cabo la puerta del calabozo y luego Castañeta le ordenó :

—Métela.

Luisa se separó de la pared y á la luz de la lámpara vió á su marido tirado en el suelo como muerto, en aquel lugar en el que parecían confinarse lo más sucio y asqueroso del mundo. Un alarido que condensaba hasta el infinito to-

das las vibraciones del dolor, de la locura, de la muerte, se desató del fondo de su pecho, de lo más martirizado de su alma y surgió echando por su garganta, hasta penetrar hendiendo aquella atmósfera de degradación y dilatándose en aquel infinito que parecía la absoluta negación de la justicia, y en el que imperaba y parecía perdurar por los siglos y de los siglos el crimen, representado por aquel Juez miserable y por aquel ditritus social que bramaba en la prisión. Se tiró sobre Enrique.

Los presos callaron, suspensos por aquel alarido que removi6 en ellos algo lejano, muy lejano. Tal vez brillaba en el horizonte añorante de su alma el brillo de una lágrima ó la dulzura de una caricia, y sobre todo aquello, dominó el silencio que debe imperar cuando la vida se agota en las últimas sensaciones de un martirio.

Luisa palpó á Enrique, lo movió, lo cojió por la espalda y lo hizo sentarse. No lo acariciaba en aquel momento, no había ternuras en ella; era la vida, la fuerte vida que agitaba tórtolosamente á aquella mujercita y que le imprimía recios y nerviosos vaivénes con los que levantaba y movía á su marido para hacer desaparecer de él aquel sueño de muerte; al mismo tiempo sollozaba, pero sus sollozos se entrecor-

taban ó se interrumpían por el aliento de fuerza que brotaba de ella en el esfuerzo que hacía para mover afanosamente á Enrique, cuya cabeza caía sobre su espalda al ser enderezado, ó se ladeaba sobre sus hombros, en el desaliento de su embriaguez. Luisa sollozó fuertemente y apretó á Enrique con una energía nerviosa que le hizo abrir los ojos. El la vió, sus caras casi se juntaban y de ella emergía un aliento vital tan intenso, que envolvía á su marido, lo penetraba como una trasfusión de todo, de todo lo que en ella quedaba de alma y de corazón, pasándose los con toda su vida.

—¿Luisa?—interrogó él.

Ella acercó suavemente, despacio, quedadamente, su boca á la de él y como el holocausto de toda ella le dió un beso. . . . .

—Luisa. Hazme favor de no besarme. ¿Tienes la bondad de irte de aquí? ¿Quién te trajo?

—Mira, muchacha. Ya puedes largarte de aquí. ¿Entiendes?—le dijo Castañeta, cojiéndola rudamente por un hombro.

—Salga Vd.—le dijo el Cabo de Puertas, y también la tomó del brazo.

Luisa los vió. En sus ojos de indefinida expresión, se adivinaba la luz de su alma en la que se despertaban furiosos el odio y el coraje,

como dos fuerzas que la sostenían en el desafío contra aquella horda de miserables que sumergían su vida en la sombra, abrumándola con sus crímenes.

Se desprendió de Enrique, que volvió á caer en el sopor que imperaba sobre él, y se levantó, siguiendo al Juez; cruzaron el patio y salieron al Cuerpo de Guardia y luego fuera.

Castañeta se dirigió al carruaje, donde lo esperaba Robleda en unión de las mujeres. Una de ellas, al subir, lo sentó en sus piernas y lo besó.

—Pero oye, tú: ¿Qué hacías con “esa” tanto tiempo?—Castañeta inició, con la mujer, el comienzo de una porquería; luego el carruaje emprendió la marcha con aquel bagage de degradación, en que los fardos eran prostitutas y un Juez y un pseudo Abogado.

Luisa salió del Cuerpo de Guardia. ¡Estaba libre!

Fuera de la cárcel había una banca y allí se sentó. En la quieta soledad de aquella noche y en la soledad también de su alma, su cuerpo se doblegaba sin fuerzas, y sola, en el vacío de un Mundo poblado de seres extraños, distintos, con almas que no la conocían y corazones que no tenían un latido de querer para ella, las ra-

diciaciones de su vitalidad se perdían en el infinito y se dilataban ilimitadamente sin encontrar el alma humana que palpitara en la amoroso conmiseración que es el soporte de la existencia; no había ojos que tuvieran una mirada compasiva, manos que al estrechar la suya le dieran el calor de un cariño. ¡Sola!... ¡Sola!... El hombre por quien había sufrido tanto la rechazaba, precisamente en el instante en que ella le daba, en aquella conjunción de infortunios, lo poco que le quedaba de vida. Había llegado á lo más hondo de la miseria humana; el crimen la había arrastrado hasta el fondo de aquella cárcel, despues de casi agotada su vida en el martirio de aquellos días; allí había flameado su abnegación en el fuego pasional con que besó á su marido, tan amado en la desgracia, tan idolatrado en su infelicidad como nunca lo había sido antes, ¿y él?... la rechazaba. También él, haciéndose ayudante de los miserables, cómplice del crimen, ahuyentaba con aquella insensatez su última esperanza al negarle el derecho de sufrir con él, de quererlo, de darle el alma y la vida en aquella noche de desventura, como le había dado la vida y el alma en sus tiempos buenos, cuando los embriagadores goces del amor llenaban los días y coloreaban el

horizonte encantado de sus ensueños.....

¡Sola!... ¡Sola!... ¿Por qué era aquello?

Se levantó sollozando y se apoyaba en la pared para no caer y empezó á andar. El cielo fingía un Océano, salpicado de isletas de luz, y del vacío espacio, en que se distanciaba aquel Océano de la tierra, colgaba el sopor sus vagorosos velos de ensueño.

A pocos pasos llegó á un callejón que dividía el lote de la cárcel con el de una casa de madera. En el umbral de la puerta de esta casa, se balanceaba de una varilla de hierro, una tabla en la que se anunciaba un Agente de Negocios judiciales; era una sanguijuela de los presos. La tabla se columpiaba y el vaivén hacía gemir las visagras. Luisa creyó que algúien lloraba.

—Sufrirá como yo—se dijo. Siguió adelante.

Despues de la cárcel continuaba una cerca de madera. Luisa se cojía del borde de la cerca y dejaba señales de sangre al romperse, al contacto de la madera, la piel de sus manos. En un clavo se ganchó su falda; no se dió cuenta de aquello y al pretender avanzar, el clavo la detuvo y sin fuerzas para permanecer en pié, cayó al suelo, desgarrándose el vestido.

La postración le impidió pararse, pero continuó caminando, arrastrándose; de su garganta

salía un aliento sollozante. Logró cojerse de las tablas del cerco y pudo ponerse en pié. Entendió otra vez su vacilante paso.

Concluyó el cerco de madera y pudo llegar al portal de una casita. Allí se sentó, sintiendo un poco de descanso.

Por la esquina en que concluía el callejón, volteó un grupo de gente. Hablaban alto y voces de mujeres proferían insolencias é injurias. Era un "manejo" del pueblo de los burdeles que conducían á la cárcel, cuatro policías de á caballo. Pasaron junto á Luisa, pero sin notarla.

En una resurrección de sus fuerzas se paró y continuó la marcha. Una reacción inesperada la animó bravamente y pudo caminar con menos torpeza; sin embargo, había momentos en que sentía como si sus piés se adhirieran á la tierra ó como si una cadena la ligara, estrechándole los tobillos. Esto la propendía á caer, pero una contracción vigorosa, impresa en sus nervios por la energía de su ánimo, la reforzaba, y continuaba su camino. Llegó un momento en que necesitó apoyarse unos instantes en la rueda de un carro arrimado á una herrería. Se abrazó á los rayos y al pegar su frente en el borde de la yanta, el frescor del

hierro le causó un choque en su cerebro y en sus nervios que la vigorizó suavemente. Se retiró del carro y á los pocos pasos dobló una esquina. Su mirada pudo abarcar los distanciados "homes" que se destacaban somnolentos y tranquilos á la claridad de las estrellas. De aquellas casas irradiaba un descanso egoísta y cruel. Tenían calor y abrigo solo para los que allí dormían. Luisa midió otro vez la vacua soledad en que ella se movía. Ya no sollozaba.

Siguió adelante y pegándose á los postes que sostenían los portalitos de las casas de madera. Al poco andar llegó á una tosca división de tablas horizontales; se recargó en una y entonces pudo ver la Iglesia de madera, que se alzaba algo retirada de la división de tablas. En su alma se oscureció algo inútil, que simulaba una esperanza vana y de indecisa luz, fantástica y ténue; era algo como una idea ó como un recuerdo? Y, al disiparse aquella sombra, el mísero vigor que ondulaba en sus nervios, se amplió como una fuerza real, efectiva y verdadera en el campo que abandonaba aquello inútil que simulaba una esperanza vana, luz indecisa, idea ó recuerdo.

El viento suave, ligero y cálido hacía flotar su vestido desgarrado y la ondulante crencha de

sus cabellos.

Avanzó más y, cruzando una boca-calle, llegó al borde meridional de la meseta. Eran las tres de la madrugada; todavía la noche estendía su dominio sobre la tierra.

A su izquierda y hundiéndose en una cañada, el laberinto de callejuelas de la población del vicio, sobre las que flotaba las ondas de un mar de podredumbre, en el que se anegaba el alma y la carne de la multitud que allí vagaba encadenada en aquella condenación, se extendía el dormir de un cansancio enfermo, provocado por el agotamiento que causan la degradación y la renuncia moral. A su espalda, sobre los "homes," se tendía pesadamente el sueño y su quietud y su calma se circundaban en el reducido y estrecho límite de un egoísmo frío y hostil para la pobre mujer. Erecta, se detuvo al borde de la meseta; su mirada fija en el dilatado fondo se tendía interrogadora hacia adelante. Quedó de pié y su cuerpo recto y firme se destacaba en la atmósfera limpia de la madrugada. Sus ojos no se desviaban de la dirección en que miraban, ni su flaqueza ni su soledad, pedían fuerzas á lo que no veía. Detrás de ella presentía á los que habían elaborado su tormento y una despreciativa indiferencia era

como su venganza para los que, para vivir y para la vida de sus hijos, necesitan la procreación del dolor humano. Flotaba esta idea como el germen de una embrionación auroral en su espíritu. No podía precisarlo pero lo presentía.

• Detrás de ella, algo alejado, se alzaba el opulente "home" del Magnate; á un lado vivía Ojos de Perro y allá lejos el Cashier.

Todos dormían y también en el vicio dormían el Juez y Robleda. Todos dormían. Dormían Los Bribones. Sus crímenes, su degradación, su mortal y corrompida influencia, sus almas cobardes y miserables, hechas para crear el crimen, el deshonor y el egoísmo, dormían.

Parecía que la tierra estaba libre de las miserias con el dormir de los miserables. Su quieto y animal descanso hacía descansar y dormir la Bestia que vivía en ellos.....

Luisa miraba interrogativamente hacia adelante.

A sus piés se hundía la falda de la meseta, y por encima de la calle del Mineral y cruzando por los techos de los edificios de la Compañía, su vista cruzaba al nivel de las bocas de las chimeneas de la Fundición y de la "Power-house" y alcanzaba la Sierra.

Se sentía poseida su alma de una atracción indefinida y llena de ternura y de consuelo....

Del fondo de las minas emergía la fuerza misteriosa y omnipotente del trabajo. Allí había músculos que se contraían en un esfuerzo super-humano que era una lucha real y efectiva y de cada contracción de aquellos nervios musculados, brotaba la creación portentosa de una resultante trasformada en riqueza, en energía, en materia útil y rica; y del alma fuerte y sana y viril de aquellos músculos fuertes y sanos, emergía también una onda de fuerza sana y buena que era como la promesa de una redención y de allí radiaba la "bondad" con una energía imperadora y, hermanada con la inteligencia que guiaba aquellos músculos, se dilataba en el espacio conquistando la tierra.....

El batallar de aquella lucha producía alientos que llegaban hasta Luisa en el misterioso y tierno consuelo que la invadía, y dominaba en la noche y calentaba el aire y daba brillo á las estrellas y azul profundo al Océano de isletas de luz.

La bondad imperaba sobre la tierra sin obstáculos, porque la Bestia dormía.

Fué como la luz de una esperanza y Luisa, secreta y misteriosamente atraída, siguió su

camino hacia adelante, como si aquella "bondad" incorpórea tuviera brazos que la soliviantaran en su marcha y alma fraternal que diera dulce calor á su martirizado corazón.

(FIN.)

